CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

MENTIRAS GRAVES.

Gaspar Gómez Trigo

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

EDITOR
BARCELONA

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

2

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. PORPAS

N.º de la procedencia

MENTIRAS GRAVES.

IMP. DE C. GONZALEZ, SAN VICENTE, 52.

MENTIRAS GRAVES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. GASPAR GOMEZ TRIGO.

Representada por primera vez en el teatro del Circo
el 10 de Marzo de 1863.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.
calle de San Agustin, 12, 2.º

1863.

720411

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	Doña Teodora Lamadrid.
BARONESA..	Balbina Valverde.
FERNANDO.	Don Manuel Ossorio.
RICARDO.	Juan Lopez Beneti.
CRIADO.	José Diez.

La accion en Madrid y en 1862.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON JUAN DE ZAVALA,

Conde de Paredes de Nava, Marqués de Sierra-Ballones, Grande de España de primera clase, Senador del Reino, ex-Ministro de Estado y de Marina, Teniente General de los Ejércitos Nacionales, etc., etc., etc.

En muestra de gratitud,

EL AUTOR.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mentirasgravesco00gmez

ACTO PRIMERO.

Sala bien amueblada con puerta en el fondo y laterales en segundo término: á la derecha, junto al proscenio, una consola á la izquierda un escritorio de señora. En el centro un velador. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y FERNANDO, sentados tomando café.

FERNANDO. He concluido mi taza.
Me ha gustado.
LUISA. Quieres otra?
FERNANDO. Venga —Despues de comer,
un par de tazas de Moka
ayudan la digestion
y vigorizan y entonan;
y más cuando son servidas
por la mano de una esposa

tan amable como tú.

LUISA. Mil gracias por la lisonja.

FERNANDO. Lisonja? No, Luisa mia;
eres buena y cariñosa,
y estas son dos cualidades,
entre otras mil que te adornan,
que aprecio mucho.

LUISA. Fernando,
no me digas esas cosas.

FERNANDO. Y por qué? Si es la verdad.

LUISA. Quieres mucha azúcar?

FERNANDO. Poca.
Basta.

LUISA. Otro terron.

FERNANDO. No más.
Mil gracias. Pues sí señora;
repito que es usted buena,
y á mí decirlo me toca.
Mi padre, que esté en el cielo,
me enseñó, Luisa, este axioma;
debe decirse en el mundo
la verdad, la verdad toda,
y la verdad nada más.
Por esto, si no te enoja,
siempre dirá tu marido
que es una alhaja su esposa.

LUISA. Si otros maridos te oyeran,
se reirian.

FERNANDO. Qué me importa?
Ya sé, Luisa, que hay maridos
de tan pobre y ruin estofa,
que queriendo á sus mujeres,
de decirlo se abochornan,
porque temen de los necios
la sonrisa maliciosa.

Hay otros, por el contrario,
que á su pobre mujer odian,
y el nombre de su mujer
no se les cae de la boca,
queriendo engañar al mundo
para ocultar sus tramoyas.
Unos y otros, Luisa mia,
no son más que unos hipócritas
que no conocen mi máxima:
decir verdad, y arda Troya.

LUISA. Fernando mio!

FERNANDO. Y no pienses
que digo yo tales cosas
por halagar tu amor propio,
ni porque estamos ahora,
como se suele decir,
comiendo el pan de la boda.
Ya tengo más de treinta años;
conozco la bataola
del gran mundo... ó del pequeño,
que pequeñeces le sobran;
he estudiado tu carácter,
que á mi carácter se amolda;
y pues nos hemos casado,
y te adoro cual me adoras,
no temas que mi cariño
ni se trueque, ni se rompa.

LUISA. Ya lo sé.—Mas me parece
que te pones sério.

FERNANDO. Boba!
No por cierto.—Sin embargo,
hay gentes, no muy católicas,
que á veces de los maridos
hablan á tontas y á locas...

LUISA. Ah! Lo dices por mi tia?

FERNANDO. Sí por cierto: me encocoran
esas mujeres que charlan
y que la echan de doctoras
como la tal Baronesa,
que está cada vez más posma.
Me acuerdo que la otra noche
con entonacion muy cómica
te decia que los hombres
son, de solteros, palomas,
que se convierten en buitres
al salir de la parroquia.

LUISA. Y tú haces caso? Yo no.
Confieso que me incomodan
sus rarezas; mas la pobre
me quiere como á hija propia;
siempre he vivido á su lado,
pues quedé huérfana y sola,
y es muy justo que la quiera,
por más que no desconozca
sus rarezas.

FERNANDO. Yo no digo...
Mas bueno será que la oigas
como quien oye llover. (Se levantan.)

LUISA. Si la sabes... A otra cosa.
Que vás á hacer esta noche?

FÉRNANDO. Ocupar una poltrona
y estar charlando contigo,
si tú quieres.

LUISA. Me acomoda.
En casa estamos mejor.
Y luego hace un tiempo...

FERNANDO. Es droga
lo que en este Madrid pasa:
cuando la lluvia lo toma
por su cuenta, no lo deja

hasta hacernos una sopa.
Buena está la capital!
buenas sus calles, hermosas!
Con la lluvia, y los derribos,
y las zanjas, y las obras,
el infeliz transeunte
vá con el Credo en la boca.
Pero, en fin, por esta noche
tu marido no se moja.

LUISA. Perfectamente.—Fernando,
soy la mujer más dichosa
del mundo: á tu lado, nada,
nada mi pecho ambiciona.

FERNANDO. Luisa mia!

LUISA. Has de saber...
pero no me llames tonta,
que cuando sales de casa
me siento con tal zozobra,
me embarga tal ansiedad,
que estoy contando las horas
hasta que vuelves.

FERNANDO. De veras?
Tu cariño me alboroza;
pero sabe, Luisa mia,
que tambien tiene sus contras
ese modo de sentir.

LUISA. Por qué?

FERNANDO. Que soy, reflexiona,
capitan de Artillería;
y si un dia se le antoja
al gobierno disponer
de mi espada y mi persona,
no teniendo más remedio
que abandonar á mi esposa,
qué va á ser de tí?

LUISA. Me muero.
FERNANDO. No digas eso, ni en broma.
Ten presente, Luisa mia,
que si mañana en Europa
ó en otra parte, es preciso
que la España queme pólvora,
yo seré de los primeros
que vayan.
LUISA. De veras?
FERNANDO. Toma!
y de muy buen grado.
LUISA. Sí?
FERNANDO. La pregunta me sonroja.
Te quiero con toda el alma;
pero sabe, si lo ignoras,
Luisa, que te dejaria;
porque un militar con honra,
deja todo por la patria
cuando la patria le invoca.
LUISA. Bien, será lo que tú quieras;
yo no entiendo de esas cosas:
solo sé que mi marido
es la patria que me importa.
FERNANDO. Está visto, Luisa mia,
que eres muy poco patriota.
—¿Me quieres dar la petaca
que está sobre la consola?
LUISA. Con mucho gusto.
(Se dirige en busca de la petaca, junto á la cual habrá una carta, y al verla dice con sencillez:) Dios mio!
Ay, Fernando!.. Me perdonas?
FERNANDO. Qué sucede?
LUISA. Te trajeron
esta carta hace dos horas,
y se me ha pasado...

FERNANDO. Dame.
Al hablar del rey de Roma...
LUISA. De quién es?
FERNANDO. Del Brigadier.
LUISA. Qué dice?
FERNANDO. Que sin demora
vaya á verle.
LUISA. Qué será?
FERNANDO. No imagino...
LUISA. Tiemblo toda!
FERNANDO. Por qué razon? Vamos, juicio...
La calle de las Urosas
está muy cerca. Me voy
y vengo en un cuarto de hora.

ESCENA II.

DICHOS y LA BARONESA, que entra por el foro.

BARONESA. Muy buenas noches! Dichosos
los ojos que ven á ustedes!
FERNANDO. Felices.
LUISA. Oh! tia mia!
BARONESA. Pero qué es eso? ¿Qué tienes?
Tú estás triste! (A Fernando.) Tú te vás...
Comprendo.
FERNANDO. Usted lo comprende
todo. Mas con su permiso...
Un negocio muy urgente...
BARONESA. Abur.
FERNANDO. Adios, Luisa.
LUISA. Adios.

ESCENA III.

BARONESA, LUISA.

BARONESA. Vamos á ver; ¿qué sucede
en tu casa? No me engañes.
LUISA. Nada, tia.
BARONESA. Desde el jueves
no te he visto. Ni habeis ido
al palco á favorecerme,
ni á mi casa. Vengo ahora,
y en vez de encontrarte alegre
estás cariacontecida;
y tu marido impaciente
coge el sombrero, y se larga
dejándote de esta suerte.
LUISA. Pero tia, si se vá
es porque há poco...
BARONESA. No intentes
disculparle. Tú ya sabes
que yo soy inteligente
en esto de matrímonios!..
Y ojalá que no lo fuese!
Me acuerdo de mi marido
el bueno de Nicomedes!
Cuando me hacia el amor,
tan fogoso, tan vehemente;
y despues que nos casamos
tan frio como la nieve!
Dios le haya dado su gloria,
aun cuando no la merece.
Picaron! Abandonarme
á los tres ó cuatro meses

de casados, y hacer luego
el disparate solemne
de morirse de un causon
á poco tiempo en Amberes!
No sé si te lo he contado...

LUISA. Sí, señora; muchas veces.

BARONESA. Pues mírate en este espejo,
Luisa mia, y hazte fuerte.
Vamos á ver. Qué ha pasado? (Sentándose.)
Cuenta: como si lo viese.
Querrias salir con él,
y en lugar de complacerte,
se larga y te deja sola
aquí, entre cuatro paredes.

LUISA. Por Dios no diga usted eso;
tia mia, usted le ofende.
Vá á casa del Brigadier.

BARONESA. A estas horas? Inocente!
No lo creas.

LUISA. Pero tia...

BARONESA. Ellos pretestan quehaceres
para tapar...

LUISA. Si yo misma
he recibido el billete
de su Brigadier.

BARONESA. Sí?.. bueno.
Verás cómo no parece
hasta las once ó las doce
de la noche.

LUISA. Si no puede,
no vendrá. Tengo paciencia.

BARONESA. Poco mundo es lo que tienes.

LUISA. No, tia mia, yo sé
lo que Fernando me quiere;
sé que es bueno para mí,

cariñoso, complaciente,
y no hago nada de más
si le quiero cual merece.

BARONESA. Por Dios, Luisa, no prosigas.
Ay! Te veo en la pendiente,
y no hay remedio, te estrellas,
te precipitas, te pierdes.

LUISA. Pero por qué?

BARONESA. Pobrecita!
Veo, sobrina, y me duele,
que eres lo mismo que yo,
tierna, sensible, vehemente,
y que tienes, por desgracia,
la desgracia de quererle.

LUISA. No diga usted eso, tia.

BARONESA. Tú de estas cosas no entiendes.
Me esplicaré.—Yo no digo
que tú no le quieras, quiérele;
mas, por Dios, ni se lo digas,
ni le mimes ni contemples.
En vez de mostrarle afecto,
es preciso que aparentes
indiferencia, desvío,
coqueterías, desdenes.
Pues si él llega á comprender
todo lo que tú le quieres,
le da compasion tu amor
y se esponja y se envanece,
y en busca de otra conquista
se va á la casa de en frente.
Ay! si yo hubiera seguido
este plan con Nicomedes!

LUISA. Retrata usted á los hombres,
tia, con unos pinceles...

BARONESA. Exagerados?.. No es cierto?

El hombre...

LUISA. A mí me parece...

BARONESA. El hombre es un animal,
sobrina, de tal especie,
que, menos una, le gustan
todas las demas mujeres;
y esa una es la mujer
que le dió la Iglesia.—Entiendes?

LUISA. Usted exagera, tia,
y es preciso que confiese
que hombres buenos y hombres malos
ha habido en el mundo siempre.

BARONESA. En otros conceptos, sí;
pero en eso de ser fieles
á su cónyuge, te reto
á que uno solo me encuentres.
Tienes el ejemplo en mí,
palpable, exacto, evidente.
Cuantos hombres han tenido
el gusto de conocerme,
encantados del carácter
que el cielo me dió, excelente,
no han pensado en otra cosa
que en mimarme y complacerme.
Pues mi marido fué el único
que con su lengua de sierpe,
decia, que no podia
aguantarme ni quererme.
No quererme á mí!.. que tengo
en este mundo la suerte
de ser simpática á todos!
Que tengo este don de gentes!
No es exacto?

LUISA. Sí, señora.

BARONESA. Tú lo ves: á las dos veces

que habla conmigo un sugeto,
ya le fascino y se vuelve
loco por mí: mas te juro
que no vuelvo á someterme
al yugo del himeneo;
que el marido es una especie
de calamidad, peor
que la langosta y la peste.

LUISA. Y hace usted bien: á sus años
y su posicion...

BARONESA. Se entiende.
Sabes tú cuál es mi plan?
Dejo que todos me obsequien,
pongo á todos buena cara,
presos los tengo en mis redes,
no doy preferencia á nadie,
y cuando alguno se atreve
á declararme su amor
y le veo que padece,
llena de desden le lanzo
un *no* redondo, elocuente,
y de este modo me vengo
del ingrato Nicomedes!

LUISA. Vengarse así de los muertos
con los vivos... es aleve.

BARONESA. Bien; será lo que tú quieras,
mas yo seguiré en mis trece.
Ahora mismo hay en campaña
dos ó tres, que si Dios quiere,
serán víctimas que inmole
á esta sed que el alma siente
de venganza!

LUISA. Dos ó tres?

BARONESA. El vizconde de Aguas Verdes
no me deja á sol ni á sombra.

Pues y el Brigadier Estevez?
Mas sobre todos, sobrina,
Ricardito es el que bebe
los vientos por mí.

LUISA. Ricardo?

BARONESA. El amigo que más quiere
tu marido; ese muchacho
que tan gran porvenir tiene,
secretario de embajada
hoy en Paris residente,
y quién sabe si Ministro
Plenipotenciario en ciernes.

LUISA. Qué me dice usted?

BARONESA. Durante
mi permanencia, aunque breve,
en aquel punto, Ricardo,
hija, estuvo hecho un cadete
pensando en mí; cada dia
iba dos veces á verme.
Y ya sabes que en Madrid,
antes que á Paris se fuese,
me asediaba sin cesar
en el teatro, en la Fuente
Castellana: no habia parte
por donde no me siguiese.
Es verdad que no me ha dicho
nunca, «buenos ojos tienes;»
mas yo cazo largo y sé
que pena por mí. —Que pene.—
Su mamá me dijo anoche
que llegaba hoy á las siete
de Paris: estoy segura
de que doblada con creces
su pasion con esta ausencia,
de nuevo estará pendiente

de mis lábios; mas le juro
que apurará hasta las heces
el cáliz de mi desvío!

LUISA. Pues no creo que merece
ser tratado de ese modo.
Es un jóven escelente,
digno, juicioso, formal,
y no uno de esos entes
insustanciales y vanos
que á toda mujer se atreven.

BARONESA. Ya verás cuando se case
la formalidad que tiene.

LUISA. Cuando se case, será
marido tan consecuente
como mi Fernando, tia,
que á su mujer solo quiere.

BARONESA. Y tú piensas que hay maridos
que de esa manera piensen?

LUISA. Sí, tia; Fernando es uno.

BARONESA. Fernando! Y si te dijese
que tu marido, el formal,
ese modelo en quien tienes
tanta confianza...

LUISA. Cómo!

BARONESA. Acaso si no te vende
te pospone á otra mujer?

LUISA. Qué dice usted? (Levantándose.)

BARONESA. No te alteres.
La verdad.

LUISA. No puede ser.

BARONESA. Digo que sí.

LUISA. Quién?...

BARONESA. Atiende;
ten calma, vas á saberlo.
La que le agrada y conmueve.

la que le saca de quicio,
y le exalta, y le enardece,
sobrina mia... soy yo.

LUISA. Usted, tia!

BARONESA. Te sorprendes?

LUISA. Sí.

BARONESA. Mas no tengas cuidado:
pues á buena parte viene!
Aún no me ha dicho palabra;
su pasion está latente,
sufre y calla: mas si acaso
de amor á hablarme se atreve,
repito que estés tranquila;
yo sabré lo que he de hacerme.
Estás segura de mí?

LUISA. De usted, tia mia, siempre.

BARONESA. Ya vés: no tengo la culpa
de que los hombres me asedien.
He nacido tan simpática
que...

ESCENA IV.

DICHAS, RICARDO, por el foro.

RICARDO. Señoras...

BARONESA. Quién?...

RICARDO. Se puede?...

BARONESA. Adelante.

RICARDO. Adios, Luisita.
Baronesa...

LUISA. Hola, viajero!

RICARDO. Que me perdonen espero,
pues no es hora de visita.
Llegué á la córte despues

de las cuatro, me he vestido
y en el momento he salido
para ponerme á sus piés.

BARONESA. Fué usted á casa?

RICARDO. De allí
vengo.

BARONESA. Gracias.

RICARDO. Y al instante
presuroso y anhelante
me he dirigido hácia aquí,
pues estaba deseando
llena el alma de contento,
dar hoy por su casamiento
el parabien á Fernando.
Que al unirse á una beldad
tan discreta y virtuosa,
le ha dado Dios una esposa
que hará su felicidad.

LUISA. Lisongero me parece
que viene usted.

RICARDO. Porque alabe
lo que todo el mundo sabe,
lo que usted vale y merece,
soy lisongero?—No tal,
y se deja comprender
que Fernando debe ser
el más dichoso mortal.

LUISA. Yo no sé; mas hoy por hoy
puedo decir y lo digo,
que si él es feliz conmigo,
yo tambien con él lo soy.

RICARDO. No lo dudo, y tengo en ello
un placer inesplicable!
Fernando es tan apreciable,
tiene un carácter tan bello!

Como con él he vivido,
conozco su corazon.
Quiero darle un apreton.
Está en casa?

LUISA. No: ha salido
hace poco.

RICARDO. Tardará?

LUISA. Creo que no.

BARONESA. Puede ser...

LUISA. Pero, tia...

BARONESA. Vas á ver
á qué hora viene.

LUISA. Vendrá.

RICARDO. Le espero.

LUISA. Bien.

(Luisa y la Baronesa se sientan. Ricardo deja su sombrero, acerca una sila y se sienta tambien.)

BARONESA. (Tras una leve pausa.) Y qué tal,
Ricardito, por Paris?

RICARDO. Muy bien.

BARONESA. En aquel país
no se puede pasar mal.
Allí todo es delicioso, (A Luisa.)
todo sublime, selecto!
En Francia todo es perfecto,
todo grande, todo hermoso!
En España todo es feo,
raquítico, consumido!...
Ah! quién hubiera nacido
allende del Pirineo!

RICARDO. Me parece, Baronesa,
que aunque fué corta su estancia
en la capital de Francia,
se ha hecho usted una francesa.

BARONESA. No hay que hacernos ilusion:

nuestra nacion española
se encuentra muy á la cola
de la civilizacion.
Si estas ideas propalo,
si me espreso de este modo,
es, porque allí es bueno todo,
y porque aquí todo es malo.

RICARDO. Esas ideas se salen
de lo justo, en mi opinion,
puesto que cada nacion
tiene sus cosas que valen.
Por ejemplo, nuestro clima,
nuestro cielo trasparente,
nuestro sol resplandeciente
que todo lo reanima!

BARONESA. Ay, hijo!.. me causa duelo
oir al buen español,
siempre hablando de su sol,
siempre hablando de su cielo!
Pues en Paris no se ven
ni uno ni otro en muchos meses,
y no obstante los franceses
lo pasan bastante bien.
Suele hacer frio; no hay duda:
bajo de cero, diez grados:
pero allí no hay resfriados;
en Paris nadie estornuda.

LUISA. De veras?.. Pues no comprendo.

BARONESA. Lo mismo que te lo digo.
Y por las noches, amigo,
qué hacia usted?

RICARDO. No teniendo
algun negocio preciso,
ir á cualquier reunion.

BARONESA. Las noches! Las noches son

en París un paraiso!
(A Luisa.) ¡Qué mágica variedad
de ilusion y de esperanza!
¡Qué bailes de confianza!
¡Qué bailes de sociedad!
Hay jardines perfumados,
acróbatas y danzantes,
gimnasios, cafés cantantes,
y teatros encantados.
En ellos gocé y sentí
los momentos más felices!
Ah! qué actores, y qué actrices!
Qué teatros! Hasta allí!
Y qué dramas! qué interés!
En todos hay llanto y risa.
Mas como hablan tan deprisa
no se comprende el francés!
Qué escena! qué propiedad!
qué lujo tan seductor!..
Y allí todo espectador
está con comodidad.

RICARDO. Mas no puede hacer alarde
de ir tarde; porque colijo
que aunque tenga asiento fijo,
no se sienta, si va tarde.

LUISA. Pues no me gusta eso nada.
Cuando uno dá su dinero...

RICARDO. No sirve.—El que vá primero
se sienta donde le agrada.

LUISA. Pues digo á usted que...

RICARDO. Exactísimo.
Yo el jueves me descuidé
y tuve que estar de pié;
mas me divertí muchísimo.

BARONESA. Por supuesto: allí las horas

pasan con una dulzura!...
Tendrá usté alguna aventura
que contarnos?

RICARDO. No, señoras.
En medio de aquel estruendo
mi pensamiento volaba,
y en Paris no se encontraba.

BARONESA. Pues dónde?

RICARDO. En Madrid.

BARONESA. (Comprendo!)

RICARDO. Pues soy tan original,
señora, aunque usté se asuste,
que no hay nada que me guste
como mi país natal;
y prefiero á los placeres
que ese gran Paris encierra,
las costumbres de mi tierra
y tambien nuestras mujeres.
Pues aunque, á decir verdad,
esa mujer de la Francia
es modelo de elegancia
y tipo de vaguedad,
la mujer de por aquí,
con respecto á esta materia,
vale más, aunque es más séria.

BARONESA. (A Luisa.) (Eso lo dice por mí.)
Pensar así no es rareza,
pues esos, Ricardo, son
secretos del corazon
y de la naturaleza.

ESCENA V.

DICHOS, FERNANDO por el foro.

LUISA. (Levantándose.) Ah! Fernando!
FERNANDO. (Abrazando á Ricardo.) Mi Ricardo!
RICARDO. Mi Fernando! En este instante
por tí preguntaba á Luisa,
pues anhelaba abrazarte.
FERNANDO. Yo tambien este momento
deseaba que llegase,
para tener el placer
de hacer otro tanto.—Abrázame!—
Pero vamos, á qué debo
sorpresa tan agradable?
RICARDO. Es muy sencillo. Há tres meses,
Fernando, que te casaste;
y como entonces no pude
tener la dicha de hallarme
á tu lado, encontré ahora
una ocasion favorable,
y vengo lleno de júbilo
á verte y felicitarte.
FERNANDO. De corazon agradezco,
Ricardo mio, tu pláceme,
y siento de todas veras
tener ahora que dejarte.
RICARDO. No entiendo...
LUISA. Pues qué sucede?
FERNANDO. Sucede... que voy de viaje.
LUISA. De viaje?
FERNANDO. Sí, Luisa mia.
A las ocho y media sale
el tren, y voy al colegio

de Segovia. Pero el martes
estoy en Madrid de vuelta.

LUISA. Son cuatro dias mortales.

FERNANDO. Y qué quieres, hija?... Es una
comision muy importante
que me encarga el Brigadier,
y no hay más que resignarse.
En el servicio, callar
y obedecer.

BARONESA. Ya se sabe.
Esa es la contra que tiene
casarse con militares.
(Aunque tambien los paisanos
suelen tomar el portante...)

LUISA. Y vás solo?

FERNANDO. Con Francisco.

LUISA. Le has dicho que se prepare?

FERNANDO. Ya se lo he dicho. Tambien
quisiera que me arreglases
el saco de noche.

LUISA. El saco?

FERNANDO. Sí; con él tengo bastante.
Para ir desde aqui á Segovia
no necesito equipaje.

(Váse Luisa por la puerta lateral de la derecha.)

Y si ustedes me permiten,
pues no puedo descuidarme,
en busca de unos papeles
voy y vuelvo en el instante.

ESCENA VI.

BARONESA, RICARDO.

RICARDO. (Despues de una pausa.) Me parece que Luisita
no está de muy buen talante.
Qué le pasa?—La verdad.
BARONESA. Qué quiere usted que la pase?
Está casada, y con esto
está dicho todo.
RICARDO. Calle!
BARONESA. Sí tal; porque una mujer,
en el hecho de casarse,
halla en vez de libertad
esclavitud y pesares.
RICARDO. Ruego á usted que me permita
que tal opinion rechace.
La mujer, cuando se casa,
Baronesa, es indudable
que adquiere un nombre, derechos...
BARONESA. Derechos... que nada valen.
Mientras ella está en su casa,
el marido está en la calle,
en el café, en el casino,
ó sabe Dios en qué parte.
Aunque el marido trasnoche
y ande de broma y de baile,
y entregue su corazon
á la que quiera tomarle,
el mundo se encoge de hombros,
y haciéndose el ignorante,
no le importa que el marido
á la fé conyugal falte.
Pero la pobre mujer

si se descuida en un ápice,
ya está fresca: el mismo mundo
con el hombre tolerante,
contra la mujer esgrime
la crítica más infame,
y la juzga, y la castiga
sin que la defienda nadie.
Esta ley es arbitraria,
es injusta, intolerable:
ya se vé, como los hombres
son los que las leyes hacen.
Ay! si la mujer pudiera
en el Congreso sentarse!
De mi boca escucharian
los hombres, cuatro verdades!

RICARDO. Lo creo, mas me parece
que Fernando es intachable,
y que no tienen en él
aplicacion esas frases.

BARONESA. Luisita dice que no:
que su marido es un ángel,
mas si hay un ángel marido
que en la frente me lo claven.
Ellos sí, se quieren mucho;
están como dos amantes.

RICARDO. De veras?

BARONESA. Oh! sí.

RICARDO. Me alegro.
(Qué Dios bendiga su enlace!)
Pues siendo así no comprendo
qué puede ser lo que cause
la tristeza de Luisita.

BARONESA. Está triste, porque sale
su marido de Madrid.

RICARDO. Eso es nimio. Porque falte

cuatro dias de la córte...

BARONESA. Pues tiene razon sobrante.

RICARDO. No concibo...

BARONESA. Cuando veo
que emprende un marido un viaje,
me acuerdo de Nicomedes,
ay! y me tiemblan las carnes!

RICARDO. Pues qué temor...

BARONESA. Ay! Ricardo!
Yo no sé si usted lo sabe.
Tambien yo tuve un marido
que no pudiendo aguantarme
segun él, se me escapó,
y luego le dió un ataque
que le llevó al otro mundo,
dejándome viuda y mártir!
Despues de no comprender
lo que valgo, abandonarme
y por último morirse!
Qué conducta tan infame!
Marido, marido al fin
como todos detestable!
Sin maridos, en el mundo
estariamos en grande!

RICARDO. Mucho me estraña escuchar
en su boca ese lenguaje.

BARONESA. Y por qué?

RICARDO. Porque en Madrid,
se dice como probable,
que un Brigadier y un Vizconde
y algun otro personaje
se disputan las primicias
de cierta viuda elegante,
que acaso no tarde mucho
en contraer nuevo enlace.

BARONESA. De veras?
RICARDO. Oh! sí; me consta...
BARONESA. (Este quiere declararse
y va á ser un instrumento
de mi venganza implacable!)

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA, FERNANDO, CRIADO á poco.

FERNANDO. Francisco?—Tia, Ricardo,
ruego á ustedes me perdonen.
CRIADO. Llamaba usted? (Saliendo por el foro.)
FERNANDO. Estás listo?
CRIADO. Cuando usted quiera.
FERNANDO. Pues coge
el saco que está en mi cuarto
y la bolsa y el capote,
y vé á casa de Cordero,
las diligencias del Norte.
Ya sabes; allá voy yo.
CRIADO. Está bien.
LUISA. (Al criado.) Alvarez, oye:
que cuides al señorito.
FERNANDO. Sí, que el viaje es tan enorme,
que es necesario adoptar
las mayores precauciones.
LUISA. Te burlas de mí?
FERNANDO. No tal,
y agradezco que te tomes
ese interés; mas deseo
verte alegre y sin temores
RICARDO. Cuatro dias pasan pronto.
FERNANDO. Por supuesto.
BARONESA. El tiempo corre...

A más que no te figures
que tu tia te abandone.
Desde ahora mismo me instalo
en tu casa: me conoces,
y sabes que no hay por tí
sacrificio que no arrostre.

RICARDO. A mí tambien, si es preciso,
me tiene usted á sus órdenes...
y en la ausencia de Fernando...

FERNANDO. Gracias, mil gracias! Mas vóime;
no me puedo detener:
son las ocho menos doce (Mirando el reloj.)
y el tren no espera. Adios, Luisa.
Ricardo...

LUISA. Adios!

FERNANDO. (A la Baronesa.) Buenas noches.

ESCENA VIII.

LUISA, BARONESA, RICARDO.

BARONESA. (A Luisa que se muestra afligida.)
Vamos, Luisita, por Dios!
No quieras que me incomode.
No me gusta nada verte
con esa cara. Pues hombre,
hay motivo por ventura
para que así te acongojes?
Un viaje de cuatro dias!...

LUISA. Sí, ya lo sé.

BARONESA. No lo tomes
tan á pecho, ni estés triste.
No es verdad? (Dirigiéndose á Ricardo.)

RICARDO. Estoy conforme.

BARONESA. Verás como el mártes vuelve

sano, robusto é incólume.

LUISA. Dios lo quiera!

BARONESA. Por supuesto.
Pero nos viene de molde:
hoy me toca el palco, vámonos
al teatro.

LUISA. Usted perdone,
tia, mas no tengo gusto...

BARONESA. Verás cómo allí te pones
de buen humor.

RICARDO. Es verdad.
Qué es lo que hacen esta noche?

BARONESA. Se estrena un drama precioso
escrito por tres autores,
y segun tengo entendido,
es drama de proporciones,
de la alta escuela francesa,
y no como esos de Lope
y de Calderon, insulsos,
sin donaire, sin pasiones.
Cá! para hacer argumentos
no sirven los españoles.
El del drama que hoy se estrena
es francés, y vá á dar golpe.
Tambien su mamá de usted
irá esta noche.

RICARDO. Sí.

BARONESA. Lo oyes?
Nos vamos á divertir
muchísimo.

LUISA. No se enoje
usted, tia, yo no voy.

BARONESA. Que tú no vas? Pues entonces
tampoco yo.

LUISA. Pero tia...

no estoy para diversiones.
Váyase usted; yo me quedo.

BARONESA. Y aquí te estás como un poste,
solita, mientras yo vuelvo!
Buena cosa me propones.
Las dos ó ninguna.

LUISA. Pero...

BARONESA. Tengo un sentimiento doble,
al mirar con la insistencia
que mis súplicas desoyes,
no tanto porque yo gozo
en los dramas de emociones,
sino porque veo, Luisa,
y el corazon se me rompe,
que no quieres complacerme,
que tienes alma de roble;
que no me quieres, en fin.

LUISA. Qué dice usted?

BARONESA. Que no acoges
mis súplicas.

LUISA. Al contrario:
las sigo...

BARONESA. Ya se conoce!

LUISA. Y para mejor probarla
que es verdad y que soy dócil,
vamos, pues.

BARONESA. De veras?

LUISA. Sí.

BARONESA. Y contenta?

LUISA. Se supone.

BARONESA. Pues dáme un beso. Al instante
vé á ponerte cuatro flores,
y vamos.—Mira, ya sabes
que yo soy algo miope:
no se olviden los gemelos.

RICARDO. Mientras ustedes se ponen
sus abrigos, voy si gustan
á mandar que venga el coche.

BARONESA. Gracias.

LUISA. Adios. (A Ricardo.)

RICARDO. Hasta luego. (Vase.)

BARONESA. (A Luisa despues de una pausa.)
Pero te has quedado inmóvil!
En qué piensas?

LUISA. En Fernando...
que vá caminando el pobre!

BARONESA. Que Dios le dé feliz viage.
Tú á divertirte esta noche;
pues en el mundo, hija mia,
pierde más, la que más pone!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

LUISA escribiendo, BARONESA sale puerta izquierda.

BARONESA. Qué estás haciendo, Luisita?
Por ventura has olvidado
que tenemos que salir,
y que si hemos de hacer algo
es preciso aprovechar
el tiempo? En qué estás pensando?
Son ya cerca de las dos...
LUISA. De veras?
BARONESA. Las dos y cuarto.
LUISA. No pensé que era tan tarde
y escribia... pero acabo
en un momento; y si usted
que quiere á su Luisa tanto
y es tan buena, no se enfada.
BARONESA. Picarilla! Demasiado
sabes que no. Y eso que

tengo motivos sobrados
para enfadarme contigo,
para hacerte graves cargos.

LUISA. Y por qué?

BARONESA. Pero te quiero,
y porque te quiero callo.

LUISA. Tia!

BARONESA. Sí, yo no soy ya,
como en tiempo no lejano,
para tí la tierna amiga
objeto de tus cuidados,
tu hermana más cariñosa;
tu madre, en fin, porque al cabo
yo te he servido de madre,
y de mí ya no haces caso.

LUISA. Que no hago caso de usted?
Me infiere usted un agravio
creyendo...

BARONESA. Sí, lo repito.
Mas no creas que lo extraño.
Es cosa muy natural,
muy lógica; te has casado,
y es sabido que nosotras,
mitad del género humano
la más perfecta, segun
dicen autores muy sábios,
al caer entre las garras
de ese perpétuo tirano,
vulgo marido, de todo
lo demás nos olvidamos.
Pero doblemos la hoja
y escribe Digo, si es árduo
el asunto que te ocupa,
y si no... cuando volvamos...

LUISA. Me faltan cuatro renglones

nada más.

BARONESA. Sí? Pues acábalos
ya que tanto interés tienes.

LUISA. Oh! mucho.

BARONESA. Bueno, te aguardo;
pero sé breve, por Dios,
pues es preciso ocuparnos
en hacer algunas compras,
y hemos de volver temprano.

LUISA. Para qué?

BARONESA. Ya no te acuerdas
de que ayer en el teatro
quedamos comprometidas
con la mamá de Ricardo
para esta noche? Tenemos
que vestirnos y peinarnos.

LUISA. Es nada más que una carta...

BARONESA. Para quién?

LUISA. Para Fernando.

BARONESA. Para Fernando? Estás loca?
Apenas habrá llegado
á Segovia todavía.

LUISA. Me parece que hace un año
que se marchó, y además
prometí escribirle...

BARONESA. Vamos!
eres una tonta, y veo...

LUISA. Por Dios!...

BARONESA. Calla! no haga el diablo
que me irrite. No concibo
cómo habiéndote probado
que el sistema que tú sigues
con tu marido es tan malo,
tan inconveniente y tan
fatal en sus resultados,

te olvidas de mis consejos
que son, no tan solo sanos,
porque sabes que te quiero
y por tu dicha me afano,
sino que tambien los únicos
que pueden, á no dudarlo,
salvarte del precipicio
á que caminas á paso
de carga. Sigue en tus trece,
sigue, y verás como al cabo
de poco tiempo, sucede
lo que te he pronosticado.

LUISA. Los temores de usted, tia,
son temores infundados.

BARONESA. Infundados, eh?

LUISA. Sin duda.
No conoce usté á Fernando.

BARONESA. Eso es decir que yo no
tengo esperiencia ni tacto?

LUISA. No es eso, tia, no es eso.
Quise decir...

BARONESA. Pues alabo
la ocurrencia...

LUISA. Que no es él
tan loco y tan insensato
como esos otros maridos
de que está el mundo plagado,
segun dicen, que al cariño
verdadero, inmenso y santo
de sus mujeres, oponen
el desvío ó el agravio.
Mi marido es...

BARONESA. Un marido,
y está dicho todo. Hablo
por esperiencia. Y si dudas,

recuerda lo que ha pasado
conmigo y con Nicomedes,
el buen Baron: nos casamos,
le quise del mismo modo
que tú quieres á Fernando;
más si cabe; y el muy pícaro...
que Dios se lo haya tomado
en cuenta!—Me abandonó
á los tres meses ó cuatro,
y á consecuencia de un cólico
dejó en la flor de sus años
viuda á tu tia! Qué tal?
No sé si te lo he contado...

LUISA. Perdone usted si la arguyo
que eso, tia, no hace al caso.
El Baron era el Baron...
y mi Fernando es Fernando.

BARONESA. Será todo lo que quieras;
pero es marido mimado,
y estos maridos, sobrina,
son siempre los más ingratos.

LUISA. Podrá ser; pero no hay regla
sin escepcion.

BARONESA. Corolario:
para que amen como manda
Dios, y la Iglesia, y los santos,
es preciso aparentar
siempre que no les amamos.

LUISA.. Soy de distinta opinion.

BARONESA. Ya veo que es escusado
predicarte.

LUISA. Con permiso
de usted, voy á ver si acabo
de escribir.

BARONESA. En hora buena.

Mas tén presente que aguardo
y tenemos que salir.

LUISA. Concluyo.

(Luisa vuelve á escribir. La Baronesa se sienta al lado opuesto, toma un periódico y lee.)

BARONESA. «*El Contemporáneo.*
»Esterior, parte política,
»documentos diplomáticos,
»crónica parlamentaria.
»Córtes: Congreso, Senado.
»Espíritu de la prensa.»
(Hablando.) Nada, nada entre dos platos.
(Sigue leyendo.) «Gacetilla de Madrid:
»paseos, modas, teatros...»
Esto es más interesante
y más ameno. Veamos.
(Lee un momento por lo bajo y despues dice.)
Bonito! Precioso traje!
Luisa, tú te has enterado
de este artículo de modas,
que inserta *El Contemporáneo*?

LUISA. (Sin dejar de escribir.) Lo he leido por encima.

BARONESA. Mira qué trajes tan raros!
(Leyendo.) «Para la calle: vestido
de *moiree*, color violado,
falda de grande amplitud
guarnecida por abajo
con tres ó cinco volantes
de los llamados de gancho.
Cuerpo figurando abierto
por delante, y atacado
por detrás: manga muy ancha,
con una série á lo largo
de pliegues ó de dobleces
imperceptibles al tacto.

Para recibir visitas
por la mañana temprano,
siguen haciendo furor
los trajes de piel de diablo;
y para etiqueta gozan
de gran prestigio este año,
los de ilusion, con escote,
pero con escote bajo,
tan bajo que solo tenga
diez milímetros escasos
desde la cintura al borde
inferior del homoplato.
Finalmente, están en boga
para *soirées* y teatros
los prendidos; cuya forma
parecida á la de un árbol,
permite se les adorne
de plumas, flores y lazos
con caidas que se pierden
flotando por el espacio.»
(Hablando y dirigiéndose á Luisa.)
De esta clase era el que anoche
llevaba aquella del palco
que estaba enfrente del nuestro.
Te acuerdas?

LUISA. He terminado
mi carta. Cuando usted guste
podemos... (Levantándose y guardando la carta en el bolsillo del vestido.)

BARONESA. Mira, de paso
que recorremos las tiendas,
hemos de ver si encontramos
unos adornos como estos.
Son de un gusto tan estraño...
Los llevaremos á casa

de la mamá de Ricardo
esta noche. Te parece
bien?

LUISA. Muy bien.

BARONESA. Has acabado?

LUISA. Si señora.

BARONESA. Lo celebro:
ya era tiempo. Pues salgamos.
(Luisa se pone el abrigo y se dirige á la mesa buscando alguna cosa.)
Qué buscas?

LUISA. El abanico.
No porque me es necesario
ahora, sino... Usté le ha visto?

BARONESA. Yo, no. Te lo habrás dejado
por ahí...

LUISA. No acierto dónde.
Anoche... Pero ahora caigo!
le llevé, no tengo duda.
Ay, Dios!.. si se habrá estraviado?
Pero cómo?.. no recuerdo...

BARONESA. Mira, arréglame este lazo.
(Indicando el de la capota.)
¿No encuentras el abanico?

LUISA. Le he perdido, tia.

BARONESA. Cuándo?

LUISA. Me parece que fué anoche.

BARONESA. Anoche?

LUISA. Sí, en el teatro...
y lo siento mucho.

BARONESA. Vaya!
Por qué? Tal dia hará un año!

LUISA. Es que usted quizá no sabe
que ese abanico es un...

BARONESA. Vámonos

y compraremos, si te hace
falta, otro.

LUISA. Es un regalo
que mi marido me hizo
el dia que nos casamos:
una prenda...

BARONESA. Ya lo entiendo...
que estimas en alto grado:
pero que si se ha perdido,
se ha perdido.—Con que, vamos.

(Se disponen á salir y al dirigirse al foro aparece Fernando.)

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO, CRIADO.

BARONESA. Jesucristo!

LUISA. Cielos!

FERNANDO. Luisa!

LUISA. (Corriendo hacia el foro.) Fernando!

FERNANDO. Ya estoy de vuelta.
Se resolvió por sí misma
mi comision...

LUISA. Qué sorpresa
tan agradable!

FERNANDO. Y aquí
me tienes. (Al criado que entra con el saco y la bolsa.)
Francisco, lleva
á mi cuarto todo eso,
que allá voy yo. (Vase el criado.)

LUISA. Si supieras
cuánto me alegr !..

FERNANDO. Adios, tia.

BARONESA. Pero vamos, qué ocurrencia?...
No me esplico...

LUISA. Te ha pasado
algo?
FERNANDO. No, nada.
LUISA. De veras?
No me engañas?
FERNANDO. No te engaño.
LUISA. (Muy gozosa.) Fernando mio!
FERNANDO. Qué buena
eres!—Pues nada.—Serian
anoche las nueve y media,
cuando al llegar á Villalba
y tomar la diligencia
para seguir á Segovia,
me sorprendí con la nueva
de un despacho telegráfico
en que decian á secas:
»No siga usted adelante,
porque ha quedado resuelta
la cuestion que ha motivado
su partida.»—Cosas nuestras!
LUISA. Qué feliz casualidad!
FERNANDO. Entonces dí media vuelta
y dije: «A Madrid me vuelvo.»
Mas no habiendo á la hora aquella
ni coche ni tren alguno
que trasportarme pudiera,
me alojé en una posada,
que debe serlo de cuenta;
porque me han puesto una á mí
más larga que la cuaresma,
y hoy á cosa de las once
me metí en un tren galera;
quiero decir, que ha tardado
justas dos horas y media
en recorrer el trayecto,

que tendrá sobre ocho leguas...
Pero ya estoy á tu lado
y esto es lo que me interesa.

LUISA. Dices bien.

FERNANDO. Mas ahora caigo:
ustedes ván... Qué cabeza
la mia!... Ván á salir
segun observo?

BARONESA. Sí, á tiendas.

LUISA. (Quitándose el abrigo.)
Pero yo no salgo ya.

BARONESA. Cayóse la casa á cuestas!

FERNANDO. Y por qué?

LUISA. Porque has venido
y te haré falta.

FERNANDO. No.

BARONESA. (A Luisa.) (Aprieta!
Estás labrando tu ruina:
no le mimes!)

FERNANDO. Lo que quieras.
Pero por mí no te prives...

LUISA. (A la Baronesa.) Váyase usted.

BARONESA. (A Luisa.) (Majadera!)
Vámonos.

LUISA. No salgo ahora.
Luego, más tarde.

BARONESA. Te empeñas?

LUISA. Perdone usted, pero...

BARONESA. Bien.
Me marcho; mas ten en cuenta
que no apruebo tu conducta!)

LUISA. Tia!...

BARONESA. (Eres una necia!)
(Se vá, y desde la puerta del foro dice á Luisa.)
Oyes? Te traigo el adorno

aquel?

LUISA. Bien, como usted quiera.

ESCENA III.

LUISA, FERNANDO.

FERNANDO. Confieso que cada dia
veo con más estrañeza
á tu tia. Tiene cosas...
ni se ha dignado siquiera
saludarme.

LUISA. Pobrecilla!
Me quiere con tal vehemencia...

FERNANDO. No digo yo lo contrario;
pero es muy rara.

LUISA. Si vieras
cuánto interés se ha tomado
por mí durante tu ausencia...
Se quedó anoche conmigo.

FERNANDO. Le agradezco la fineza.

LUISA. Y yo tambien.

FERNANDO. Pero hablemos,
si quieres, de cosas nuestras.
No te parece?

LUISA. Sí; sí.

FERNANDO. Siéntate aquí, á mi derecha,
que es el sitio preferente.

LUISA. Bien, bien. En estando cerca
de tí, todos son iguales.

FERNANDO. Mil gracias. Vamos, empieza.

LUISA. Empieza tú.

FERNANDO. No, primero
tú. Yo ya te he dado cuenta
de lo que me ha sucedido.

Ahora es preciso que sepa
lo que te ha pasado á tí;
con que dí, no te detengas.
Has pensado en tu marido?

LUISA. Ni un solo instante siquiera
he dejado de pensar
en tí, durante tu ausencia.
Lo dudas?

FERNANDO. De ningun modo;
pues fuera hacerte una ofensa
que no me perdonaria.

LUISA. Mira, aquí tienes la prueba.
(Dándole la carta que escribió al principio.)

FERNANDO. Una carta.

LUISA. Que habia escrito
y queria recibieras
á tu llegada á Segovia.

FERNANDO. Esto más?

LUISA. Verás en ella,
Fernando, cuánto sentia
que lejos de mí estuvieras.

FERNANDO. (Es un ángel!) Te agradezco
mucho...

LUISA. No quieres leerla?

FERNANDO. Para qué, Luisa? Me basta
con saber...

LUISA. Bien, como quieras;
Pero ahora es necesario
que tú me dés otra prueba
de que no me has olvidado
ni un momento.

FERNANDO. Buena es esa!
¿Acaso no te he probado
regresando aquí sin pérdida
de tiempo, que para mí

no hay dicha alguna que esceda
á la dicha de encontrarme
á tu lado, y en mi celda?

LUISA. Dime: ¿qué tal te han tratado
en Villalva?

FERNANDO. Bien.

LUISA. De veras?
Como hay tan pocos recursos
en los pueblos...

FERNANDO. Friolera!
Me han obsequiado muchísimo:
tanto, que hasta la fineza
me hicieron de convidarme
para que anoche asistiera
á un teatro en el que hacian...
no me acuerdo qué comedia.

LUISA. Comedia en Villalva?

FERNANDO. Sí.
Vaya! Si tal! Pues qué piensas?
Están muy adelantados
nuestros pueblos.

LUISA. Quién creyera!...

FERNANDO. Pero no fuí, porque estaba
preocupado con la idea
de que te dejé tan triste,
y si he de hablar con franqueza,
la verdad, me remordia
un poquito la conciencia.

LUISA. (Para sí y como confundida.) Ah!

FERNANDO. Y además, tú ya sabes
que para mí ver comedias
es mi pasion favorita,
Pero cuando están bien hechas.
Mas volviendo á nuestra tia,
se vá á marchar ó se queda?

LUISA. Yo no sé; pero presumo
que se vaya. Fué ahora á tiendas;
ya lo has visto; vá á traerme
unas cuantas frioleras.

FERNANDO. Lo pregunto, porque sabes
que hacemos mala pareja
ella y yo.

LUISA. (Procurando dominarse.) Qué tontería!

FERNANDO. De todos modos, quisiera
que comiéramos temprano.

LUISA. Comeremos cuando quieras.

FERNANDO. A las cinco. Tengo luego
que hacer varias diligencias.

LUISA. Quieres tomar entre tanto
alguna cosa ligera?

FERNANDO. No; lo que quiero es quitarme
esta ropa que me pesa
demasiado. Soy contigo. (Se levanta.)

LUISA. Si me necesitas... (Levantándose tambien.)

FERNANDO. Quieta,
quieta!

LUISA. Voy...

FERNANDO. No, para qué
te has de tomar la molestia?
Ya sabes que tu marido
en un momento se arregla.

(Se dirige hácia la mesa, sobre la que habrá unos gemelos que vé al dejar la carta que le entregó Luisa, y dice para sí:)

(Calle! Mis gemelos! Quién
los ha puesto en esta mesa?)
Has ido anoche al teatro?

LUISA. (De pronto y como involuntariamente.)
NO...

FERNANDO. Claro está. Qué simpleza!

Ir tú al teatro sin mí
y estando tu esposo fuera!
No faltaba más!

LUISA. (Dios mio!
qué ha pronunciado mi lengua!)

FERNANDO. Voy, con permiso de usted,
á ponerme de etiqueta.
(Váse puerta derecha.)

ESCENA IV.

LUISA, BARONESA.

BARONESA. (Desde el foro y entregando al criado una caja de carton y varios lios.)
Llévalo con cuidadito,
no suceda una diablura;
y ponlo en el gabinete.
Lo oyes?
(Entrando y quitándose la capota que dejará sobre una silla.)
Hija, es una angustia
esto de salir á tiendas
tan de prisa. No puede una
hacer nada de provecho.
El abrigo de capucha
le han vendido; pero traigo
para que las veas, unas
telas que te han de gustar.
Son preciosas y de última
moda. Pues y los adornos?
He tenido la fortuna
de hallar unos tan extraños,
tan lindos, que sin disputa
vamos á dar un gran golpe
con ellos.

(Bajando al proscenio y dirigiéndose á Luisa.)

Pero no escuchas
lo que te digo? Qué tienes?

LUISA. Nada.

BARONESA. Nada? Estás confusa,
distraida...

LUISA. No, señora.

BARONESA. Tú tienes algo y lo ocultas.

LUISA. No tengo nada.

BARONESA. Jurára...
Ha habido alguna trifulca
mientras yo...

LUISA. Qué disparate!

BARONESA. Sacó ya el tigre las uñas?...

LUISA. Todo lo contrario, tia.

BARONESA. Pues á tí te preocupa
alguna cosa, y en vano
ocultármela procuras.
Ya sabes que te conozco:
conque vamos; desarruga
el entrecejo; sé franca;
dime qué te apesadumbra. (Breve pausa.)
Insistes en ocultármelo?

LUISA. No, tia; fuera locura
el intentarlo siquiera.
Lo confieso, estoy en lucha
conmigo misma... me encuentro
ruborizada, confusa...

BARONESA. No lo dije?

LUISA. He cometido
una falta grave, absurda...
He engañado á mi marido!

BARONESA. Qué me dices, criatura?
A tu marido!

LUISA. Sí, tia;

á mi marido, que nunca
me ha engañado!

BARONESA. Es muy probable
que te haya engañado muchas
veces.—Ya hablaremos de esto
si es preciso. Continúa.

LUISA. Aunque eso fuera verdad
no tendria yo disculpa.
La que engaña á su marido
se hace á sí misma una injuria.

BARONESA. Permíteme que te advierta
que en absoluto, es absurda
tu opinion. Hay ocasiones...

LUISA. No hay, ni puede haber ninguna
que justifique una falta
semejante.

BARONESA. Bah! te juzgas
con mucha severidad.
Hay ocasiones en que una...
Pero en fin; vamos á ver,
qué ha sido todo ello en suma?

LUISA. Ha sido que al ver Fernando
esos gemelos, pregunta
si he ido al teatro anoche...
y yo...

BARONESA. Vamos, no te aturdas.

LUISA. Yo he contestado... que no.

BARONESA. No es más que eso? Qué tontuna!
Gracias á Dios! Me tenias,
hija, ya, medio convulsa.

LUISA. Un nó, tia, pronunciado
sin querer... sin causa alguna...
y que aunque sale del lábio
sin conciencia se pronuncia...
y no puede recogerse

aunque avergüenza y abruma!

BARONESA. Pues no lo tomas tú á pecho!..

LUISA. No tengo razon?

BARONESA. Ninguna.
Mentira de tal especie,
Luisa, es pecata minuta,
de la cual yo te respondo
que habrá de absolverte el cura.

LUISA. Pero mi conciencia, no.

BARONESA. Hija, segun lo que abultas
el asunto, tienes que ir
á cabar tu sepultura
en lo intrincado de un bosque,
ó si no en las Catacumbas,
para espiar un delito
tan enorme!

LUISA. Usted se burla,
pero yo no.

BARONESA. Claro está;
pues por tan poco te apuras!

LUISA. Además, Fernando, anoche,
llena el alma de ternura
y pensando que estoy triste,
ir á un teatro reusa,
y yo me voy al teatro!
Compare usted su conducta
con la mia. Yo quisiera
ir ahora mismo en su busca,
y confesarle que anoche
fuí al teatro...

BARONESA. (Deteniéndola.) Te ofuscas.
No, mujer, de ningun modo.

LUISA. Y por qué no? En qué se funda
usted?

BARONESA En que, como sabes,

todo se presta á la duda
en boca de aquel que miente;
y si tú haces la locura
de decirle que has mentido,
tal vez no te crea nunca.

LUISA. (Despues de una pausa.)
Dice usted bien: esa idea!
Solo el pensarla me asusta!

BARONESA. Ya lo creo; y con razon.

LUISA. (En tono resuelto.) No hay remedio. Seré muda.

BARONESA. Vamos á ver. A otra cosa.
Iremos al baile juntas?
Qué vestido llevas tú?
El de color de aceituna?

LUISA. Ninguno. Yo no voy, tia.

BARONESA. Y cómo no?

LUISA. Usted me escusa
con la mamá de Ricardo.
Yo no voy.

BARONESA. No hay quien te sufra!

ESCENA V.

DICHAS, CRIADO. (Por el foro.)

CRIADO. Señorita...

LUISA. Qué?

CRIADO. Esta carta
que han traido con premura. (Váse.)

BARONESA. De quién es?

LUISA. (Abriéndola.) De la Marquesa.

BARONESA. (Cogiendo la carta y leyendo.)
«Luisa, á pesar de la escusa
»que usted me dió en el teatro
»anoche, espero que juntas

»usted y la Baronesa
»vendrán á honrar mi tertulia,
»y á este fin irá Ricardo
»con el coche. Siempre suya,
»Julia.»—Y ahora?

LUISA. No voy.

BARONESA. Así desairas á Julia?

LUISA. No, tia, voy á escribirla.
La daré cualquier disculpa.
(Se sienta á escribir sin hacer caso de la Baronesa, que dice en tono de reconvencion y despues de una pausa:)

BARONESA. Pero, mujer, es posible
que seas tan testaruda?
(Está visto, no hay remedio.
Paciencia! Génio y figura!...)

LUISA. (Tirando de la campanilla y al criado que aparece.)
Lleva esta carta al momento
á la Marquesa de Altuna.
A casa del señorito
Ricardo.

CRIADO. Está bien.

LUISA. Escucha,
que no tardes.

CRIADO. No señora. (Vase por el foro derecha.)

BARONESA. Te saliste con la tuya.

LUISA. Pero si yo...

BARONESA. Toma.
(Devolviéndole la carta de la Marquesa.)

LUISA. (Viendo á Fernando que sale por la puerta de la derecha.)
Cielos!
Mi marido!

BARONESA. No te aturdas,
guarda esa carta en el pecho
para que nada descubra.

ESCENA VI.

DICHAS, FERNANDO.

BARONESA. Adios, Fernando.
FERNANDO. Adios, tia!
BARONESA. Has descansado?
FERNANDO. (Que ha visto á Luisa guardar la carta en el pecho.)
(Qué miro?)
Mil gracias.
BARONESA. Celebro mucho...
FERNANDO. (Por qué se habrán sorprendido
al verme?) Estaban ustedes
por ventura de concilio?
LUISA. (Sin saber qué contestar.)
De concilio?—No por cierto.
Estábamos... (Qué le digo?)
hablando de cosas nuestras,
de adornos y de vestidos...
BARONESA. (Con rapidez.) Lo cual dicho sea de paso
tiene pocos atractivos
para tu Luisa.
FERNANDO. De veras?
BARONESA. Como lo oyes. La he traido
entre otras cosas, un trage
del gusto más esquisito...
y sin embargo, no quiere
quedarse con él. ¡Capricho
más singular!
FERNANDO. Y por qué?
LUISA. Porque...
FERNANDO. Por qué? vamos, dílo.
BARONESA. Dice... que no le hace falta.
LUISA. Claro: no le necesito.

FERNANDO. Esa no es una razon.
Si te agrada...
LUISA. (Qué martirio!)
FERNANDO. Puedes y debes comprarle.
BARONESA. Eso es lo que yo la he dicho.
FERNANDO. (Acercándose á Luisa.) Díme: qué carta era esa,
querida Luisa?
LUISA. (Muy turbada.) (La ha visto!)
Cuál?... La carta... que tenia?...
FERNANDO. Esa, sí, que has escondido...
quiero decir... que has guardado...
LUISA. Esta carta. . es... un aviso...
nada. . cuatro letras que...
que la modista me ha escrito,
preguntando si queria
que me mandara un abrigo.
BARONESA. (Interrumpiendo á Luisa.)
Con que vamos, qué resuelves?
Te quedas con el vestido?
Dí sí ó no.
LUISA. No, señora.
(A Fernando que se halla un tanto preocupado.)
Qué tienes, Fernando mio?
Me parece que estás triste.
FERNANDO. No lo creas.
LUISA. Pensativo...
FERNANDO. Tampoco.
BARONESA. Te determinas?...
LUISA. No.
BARONESA. Muy bien... Nada hay perdido.
Se devuelve y... Quieres ver
los adornos? Ven conmigo.
Quieres tú venir á verlos? (A Fernando.)
FERNANDO. Mil gracias. Los doy por vistos.
LUISA. Vuelvo al momento, Fernando.

FERNANDO. Cuando tú quieras.

(Luisa y la Baronesa se retiran, foro izquierda, hablando por lo bajo. Fernando las sigue con la vista.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

Dios mio!
Algo sucede en mi casa,
algo que yo necesito
averiguar. Cuánto más
pienso en ello, más me afirmo.
No hay duda. Desde el momento
que vine, me ha parecido
que está Luisa recelosa,
que está su ánimo intranquilo,
que no es aquella mujer
cuyo carácter sencillo... (Leve pausa.)
Qué habrá pasado en mi ausencia?
Qué puede haber ocurrido
en una noche? Quién sabe!
Mas no sé lo que me digo.
Mi Luisa que de honradez
y de rectitud es tipo!
Dios me perdone la idea
que por mi mente ha corrido!
Sin embargo, al salir yo
á esta sala de improviso,
que cautelosa en el pecho
guardaba una carta, he visto;
que al preguntarla, me hablaba
con acento conmovido...
que andaba, luego al salir,
con la tia en secretitos...

Esta tia semisuegra
que en mal hora aquí ha venido...
Pero no, no puede ser;
quiere á Luisa con delirio,
y es honrada y virtuosa,
aunque sin pizca de juicio!
No hay duda, las apariencias
me engañaron sin motivo.
Ví visiones. Dios me libre
de ser como esos maridos
que, teniendo mucho mundo,
porque mucho malo han visto
en ciertas mujeres, luego
piensan de todas lo mismo,
y el mundo solo les sirve
para labrar su martirio.
Y habré de imitarles? No.
Debo y quiero estar tranquilo.
Confianza en mi mujer.
Esto es más noble y más digno.

Francisco. (Llamando al criado.)

ESCENA VIII.

LUISA, FERNANDO.

LUISA. (Por el foro izquierda.) Llamas? Qué quieres?
FERNANDO. Nada. Que venga Francisco.
LUISA. Te hace falta alguna cosa?
Porque... Francisco ha salido.
FERNANDO. Ha salido?
LUISA. Sí.
FERNANDO. Y á dónde?
LUISA. (Con turbacion.) Salió... á llevar unos hios...

á casa de la modista...
(Yo no sé lo que me digo!)

FÉRNANDO. Vacila otra vez su lábio!
Me está mintiendo, de fijo!)

LUISA. Pero no debe tardar,
porque la tia le ha dicho
que no se detenga...

FERNANDO. Bien.
(Ardiendo estoy!)

LUISA. (Qué suplicio!)

FERNANDO. Quieres decir que me traigan
un vaso de agua?

LUISA. Ahora mismo.
Yo te le traeré.

FERNANDO. Tú?

LUÍSA. Sí.
Por qué te admiras?

FERNANDO. (Con ironía.) Me admiro
de que estés, querida Luisa,
tan complaciente conmigo.

LUISA. No sé qué quieres decir.
Pues no estoy siempre lo mismo?
Además, que me parece,
Fernando, que no me humillo
por traerte un vaso de agua,
por servir á mi marido.

FERNANDO. Eso es verdad.

LUISA. Ya lo creo.
Con que voy... Lo dicho, dicho.

FERNANDO. Te doy muchas gracias.

LUISA. (Cuánto
estoy sufriendo, Dios mio!)
(Váse por la puerta lateral izquierda.)

ESCENA IX.

FERNANDO, á poco RICARDO.

FERNANDO. Loco me voy á volver!
No miente amor y cariño
la que habla así... Luisa es buena...
y sin embargo, vacilo... (Se sienta.)
RICARDO. No hay nadie! donde estarán
las señoras? Mas qué miro!
Fernando!
FERNANDO. Ricardo!
RICARDO. Cómo!
Tú por aquí?—Qué ha ocurrido?
Pues no te marchaste anoche?
FERNANDO. Si, pero á medio camino
me mandaron que volviera,
y hace poco que he venido.
RICARDO. Me alegro de todas veras.
FERNANDO. Mil gracias.
RICARDO Hace ya cinco
meses que no te veia
y para mí han sido siglos.
(Tomando una silla y colocándose al lado de Fernando.)
En ese París, Babel
de agitacion y bullicio,
en esa ciudad de encanto
me moria de fastidio!..
FERNANDO. No comprendo...
RICARDO. Pues escucha.
Es verdad que mi destino
en la embajada de España
dá posicion y prestigio;
que allí me hallaba de todos

considerado y querido
mas... no estaba allí mi madre
á quien quiero con delirio;
esa madre que ya es vieja,
y le hace falta su hijo...
ni tampoco estabas tú,
Fernando, y yo no concibo
vivir feliz, separado
de una madre y de un amigo!

FERNANDO. Ricardo! (Estrechándole la mano.)

RICARDO. Y pensando luego
que tengo treinta cumplidos
y que tú ya te has casado,
á imitarte me decido
y vengo á España á casarme.
Qué te parece?

FERNANDO. Magnífico.
Sin embargo, te diré
que el casarse, amigo mio,
es árduo negocio, que
pide reflexion y tino.
El matrimonio es gran cosa:
todo va bien al principio;
pero despues...

RICARDO. En tu boca
ese despues no me explico.
Acaso no eres feliz
con tu Luisa?

FERNANDO. Yo no digo...

RICARDO. Pues entonces... Tú ya sabes
que aunque dice el mundo mismo
que el mundo es malo, en el mundo
hay más virtudes que vicios.
Por esta razon, Fernando,
al verte feliz te envidio.

FERNANDO. Con que me envidias?
RICARDO. Oh! mucho.
A Luisa le he repetido
anoche...
(Al pronunciar Ricardo este último verso, Luisa que le oye y viene con una bandeja y un vaso de agua en la mano, deja caer uno y otro. La Baronesa sale á poco por el foro.)

ESCENA X.

DICHOS, LUISA, BARONESA.

LUISA. (Cielos!)
(Ricardo al oir el ruído, ve á Luisa, se precipita hácia ella y dice:)
RICARDO. Luisita!
LUISA. (Silencio por Dios!) (Bajo á Ricardo.)
FERNANDO. (Que lo ha observado.) (Qué miro!
Se turba al ver á Ricardo,
y no sé lo que le ha dicho!)
LUISA. (Alto á Ricardo.)
Perdone usted...
RICARDO. No hay de qué.
BARONESA. Qué pasa aquí? Qué estropicio!...
FERNANDO. No es nada, querida tia.
Dió su Luisita un mal paso,
y se cayó al suelo el vaso
del agua que me traia.
Ó yo no sé si habrá sido,
que le arrojó avergonzada,
no queriendo ser criada,
que no lo es, de su marido.
Pero vamos á otra cosa
(Dirigiéndose á Ricardo.)
Me parece que decias

que á mi mujer repetias
anoche...

RICARDO. Que es muy hermosa
lo cual te envanecerá...
y que acaso más de cuatro...

LUISA. (Bajo á la Baronesa.)
(Vá á decir lo del teatro!)

BARONESA. (Idem á Ricardo.)
(No hable usted más!)

RICARDO. (Qué será!)

BARONESA. Nos estuvo refiriendo
la vida que en Francia hacia,
nos hizo aquí compañía
toda la noche.

RICARDO. (No entiendo!...)

BARONESA. Y se pasó el rato, aquí,
sin saber cómo ni cuándo,
y se pasó bien, Fernando.

FERNANDO. (Se está burlando de mí!)
Mucho me halaga tener
amigo tan complaciente
que cuando yo estoy ausente
acompaña á mí mujer.
No esperé ménos de tí,
Ricardo mio, y te doy
las gracias.

RICARDO. Sabes que soy (Alargando la mano á Fernando.)
tu mejor amigo.

FERNANDO. (Con intencion.) Sí.

BARONESA. Este Ricardo es un chico
tan cumplido y apreciable,
que...

RICARDO. Usted es muy amable,
Baronesa... (Va á sacar el pañuelo del bolsillo y se le cae

él abanico que Luisa echó de menos al principio de este acto: al notarlo dice sencillamente:) Ah!

LUISA. Mi abanico!

FERNANDO. (El suyo?)

LUISA. (Cielos!)

FERNANDO. (Qué aguardo?..)
Luisa! (Mirando fijamente á esta.)

BARONESA. (Interponiéndose.) Yo me le llevé
y en la casa le olvidé
de la mamá de Ricardo.
¿No es cierto? (A Ricardo haciendole señas.)

RICARDO. (Sin comprender nada de lo que pasa.) Creo que sí.
Mamá me le dió...

FERNANDO. (Pretesto!)

RICARDO. Para ustedes.

FERNANDO. Por supuesto.
(Todos me engañan aquí!)

BARONESA. (Refiriendose á lo que ha dicho Ricardo.)
Esa es la pura verdad.

FERNANDO. (Haciendo un esfuerzo para dominarse.)
Calma... De usté fué el olvido?
Bien!..
(Cogiendo el abanico de manos de la Baronesa á quien le entregó Ricardo.) Prisionero has caido
por una casualidad!

BARONESA. Mucho siento que te enoje
que Luisa me haya prestado...

FERNANDO. Prenda que se ha descuidado
no importa que se la arroje.
(Le tira sobre la mesa.)

LUISA. (En tono suplicante.) Fernando! (Terrible afan!)

RICARDO. Señoras... Hasta despues:
que supongo que los tres,
hoy que es jueves, honrarán
nuestro baile acostumbrado.

FERNANDO. (A Ricardo.) Tengo mucho que escribir
y no puedo concurrir.
Además, estoy cansado.

RICARDO. Entonces, procuraré,
si tú llevarlas no puedes,
venir á buscar á ustedes.

FERNANDO. (Como escandalizado.)
Tú?

RICARDO. (Con mucha naturalidad.)
Yo.

FERNANDO. (Con intencion muy marcada.)
Te espero.

RICARDO. Vendré.

(Ricardo se vá por el foro. Fernando se dirige á su cuarto.)

ESCENA XI.

LUISA, BARONESA.

LUISA. Parece que está furioso...
Fernando!
(Corriendo hácia éste que se va por la derecha.)
No me hace caso!

BARONESA. (Si habrá sospechado acaso...
Seria infame! Horroroso!
Aun no me conoce bien!
Sospechar... como se entiende?
Al dudar de ella, la ofende,
y á mí me ofende tambien!)
(Luisa que durante este aparte ha permanecido silenciosa y reflexiva dice, con resolucion y precipitándose hácia la puerta de la derecha:)

LUISA. Se lo voy á confesar
todo!

BARONESA. (Deteniéndola.) Qué? Ni por asomo!

Por donde quema lo tomo
y de mí se ha de acordar.

LUISA. Qué intenta usted?

BARONESA. Lo que intento...
ven y lo sabrás. (Tomándola de la mano.) Confia,
pues ya sabes que á tu tia
lo que la sobra es talento.

(La Baronesa se lleva á Luisa hácia la puerta de la izquierda y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y BARONESA.

BARONESA. (Saliendo puerta izquierda.)
Nada, tampoco está aquí.
Dónde andará esta muchacha?
Habrá salido? Imposible.
Luisa..... Niña!....

LUISA. (Sale puerta derecha.) Me llamaba usted?

BARONESA. Hace media hora
que ando por toda la casa

en tu busca.

LUISA. Pues qué ocurre?

BARONESA. Ocurre... que estoy en ascuas.

LUISA. Ha visto usted á Fernando?

BARONESA. No.

LUISA. Creí.....

BARONESA. Ni me hace falta.
A quien tengo yo que ver
es á tí; á tí que andas
como de costumbre haciendo
mil disparates, que á nada
bueno conducen.—Sepamos.
—Por qué y para qué te marchas
de mi lado? Qué proyectas?
Qué te ha traido á esa estancia?
Buscabas á tu marido
para ponerte á sus plantas
y pedirle que te otorgue
su perdon?—Tendria gracia
que siendo tú la ofendida.....

LUISA. Y qué quiere usted que haga?

BARONESA. Con que no me he quivocado?

LUISA. Tia!....

BARONESA. Con que le buscabas?

LUISA. Sí, señora.

BARONESA. No me queda
más que ver.

LUISA. Pero no vaya
usted á pensar que yo...

BARONESA. Calla, mujer; calla, calla!

LUISA. Le buscaba...

BARONESA. No me digas
ni siquiera una palabra,
porque no quiero escucharte.
Adios!—Me voy de tu casa,

para no volver jamás.

LUISA. Pero tia...

BARONESA. Nada, nada.

LUISA. Escúcheme usted por Dios.

BARONESA. Sobro aquí, no te hago falta
y me voy.—Puedes hacer
aquello que más te plazca.

LUISA. Se marcha usted?

BARONESA. Sí, me marcho.

LUISA. Y dice usted que me ama!

BARONESA. Porque te amo y no quiero
presenciar lo que aquí pasa,
me marcho. Por eso, sí.
Solo por eso.—Con que anda,
vé á buscar á tu marido;
suplícale con las lágrimas
en los ojos, que se digne
dirigirte una mirada
de compasion, y si esto
te parece que no basta,
puedes tambien...

LUISA. Pero tia,
escuche usted. No se trata
de hacer semejante cosa.
Busco á mi marido para.....

BARONESA. Para qué?

LUISA. Para decirle
francamente lo que pasa.
Quiero acabar de una vez
con esta angustia que mata,
y si aún es tiempo, evitar
que incurriendo en nuevas faltas,
surjan acontecimientos
que en el fondo de mi alma
presiento, y pueden acaso

hacerme muy desdichada.

BARONESA. Tú no sabes lo que dices,
sobrina; tú eres muy cándida,
no lo dudes; y esta es
únicamente la causa
de todo.

LUISA. Y qué debo hacer?

BARONESA. Qué has de hacer? No te se alcanza?
Mira: si tú á tu marido,
que es un mónstruo y que te acaba
de hacer una grave ofensa
con su ruin desconfianza,
te diriges como intentas,
y como intentas le hablas,
se gozará en afligirte,
te lanzará una andanada
de improperios, ó tal vez,
y esto es lo que por desgracia
hacen todos los maridos
en situaciones análogas,
no querrá ni aun escucharte,
tomará del caso acta,
y de sus lábios pendiente
siempre estará la amenaza;
porque los maridos, nunca
de su víctima se apiadan,
si la víctima es su esposa
y la ven que se amilana.
Lo que tú debes hacer
es ahogar dentro del alma
el sentimiento, mostrarte
profundamente indignada,
desdeñarle, darle celos,
reirte de él en sus barbas,
y si es preciso decirle

que se vaya en hora mala.
Estás?

LUISA. Pero...

BARONESA. No me vengas
con peros ni con manzanas.
Si no quieres suicidarte
y verte menospreciada,
como se ha visto tu tia
por ser demasiado blanda
de corazon, es forzoso,
necesario que tal hagas.
No sé si te he referido
que en situacion muy análoga
me encontré con Nicomedes,
y que no seguí esta máxima!
Síguela tú y ya verás
como tu marido amaina
y tasca el freno y se aburre,
y se desespera y rabia,
y lucha consigo mismo,
y se consume y se cansa,
y por último te pide
perdon y te da las gracias.

LUISA. Disimúleme usted, tia.
La intencion de usted es sana,
lo conozco, pero insisto...
no se ponga usté enfadada,
en hablar á mi marido.

BARONESA. Sí, eh?

LUISA. Sí.

BARONESA. (Disponiéndose á salir.) Pues que te vaya
bien.—No vuelvas á acordarte
de tu tia para nada.
Para nada.—Lo oyes?

LUISA. Tia,

no se vaya usted.

BARONESA. Aparta.....
Déjame... Adios.

LUISA. No, no quiero...
Oigame usté una palabra.

BARONESA. Ni media. Adios para siempre.
(Se va y vuelve al ver que Luisa se deja caer en una silla.)
Qué es eso? Te pones mala?

LUISA. No señora.

BARONESA. (Pobrecita!
Me quiere con toda el alma!)
Vamos, Luisa no te aflijas,
no llores.—Me quedo.

LUISA. Ah! gracias!

BARONESA. Me quedo; pero es preciso
que tengas juicio, que hagas
por dominarte, que pienses,
que reflexiones con calma,
que te pongas á la altura
que exigen las circunstancias,
que te conduzcas en fin,
con tacto, con diplomacia;
porque si das un mal paso,
si no estudias bien la táctica,
el modo de conducirte
en este asunto, naufragas.
Vamos; cálmate y pensemos
seriamente... Pero aguarda.....
Se me ha ocurrido una idea.
Espérame en esta sala.
Voy á ver á tu marido.

LUISA. Usted, tia?

BARONESA. Ten cachaza,
y déjame hacer.—Está
en su cuarto?

LUISA. No está en casa.
Salió sin decir.....
BARONESA. Mejor.
LUISA. Piensa usted hablarle?
BARONESA. Vaya!
y clarito!
LUISA. Por Dios, tia!
BARONESA. Qué, no tienes confianza
en mí?
LUISA. Sí tal. Pero temo.....
BARONESA. No tienes que temer nada.
Yo me encargo de arreglarlo
todo.
LUISA. Pero cómo?
BARONESA. Calla,
que viene gente. (Mirando hácia el foro.) El es. Vete
á tu cuarto.
LUISA. Pero si.....
BARONESA. Anda, muger. (Llevándola hácia la puerta izquierda.)
LUISA. Es que yo...
BARONESA. No seas...
LUISA. Quisiera...
BARONESA. No seas pesada.

ESCENA II.

BARONESA y FERNANDO á poco.

BARONESA. Yo le diré al señorito
si es prudente y es honroso
tratar así á mi sobrina
que vale más que un tesoro.
El llega: pues le aseguro

que nos van á oir los sordos.

(Se sienta: entra Fernando, y al dejar el sombrero sobre la mesa, hace ruido y la Baronesa dice:)

Jesús!

FERNANDO. Qué sucede, tia?

BARONESA. Como entraste de ese modo,
sin decir una palabra,
y mi sistema nervioso
se encuentra tan susceptible...
me has dado un susto de á fólio.

FERNANDO. Lo siento mucho.

BARONESA. De veras.
Se me ha quedado tan flojo
el resorte de los nervios
desde que perdí á mi esposo,
que por la cosa más leve
me conmuevo y me impresiono.
Es verdad, que es de familia.

FERNANDO. Cómo?

BARONESA. Sí; todos nosotros
poseemos unos nervios
de tal fibra, de tal tono,
que nos crispa y sobrecoge
una voz, un ruido, un soplo.
Y Luisa... Luisa tambien
es muy nerviosa.

FERNANDO. Qué oigo?

BARONESA. Y que tiene eso de extraño
si sus ascendientes todos,
los que murieron lo han sido,
y los que viven lo somos?

FERNANDO. Tiene usted razon.

BARONESA. Sí tal.
Luisa, Luisa es el colmo
de la sensibilidad.

Aun no contaba los ocho
años, cuando conocí,
y yo tengo muy buen ojo,
que iba á ser más delicada
que el jazmin y el eliotropo.
Y así ha sido: desde entonces
otra mujer no conozco
más impresionable, más...
y desde su matrimonio
ha ido en aumento: así es
que ciertos modales hoscos,
una voz intempestiva,
un arranque de mal tono,
la excitan de tal manera
que tengo un miedo horroroso!

FERNANDO. (Mientras va á buscar una silla.)
(Lo dice por mí. Dios mio,
dáme paciencia y aplomo
para ver si esta muger
que habla lo ageno y lo propio,
me descubre...) (Sentándose junto á la Baronesa.)
Miedo?.. á qué?

BARONESA. Ay, Fernando!—Eres un tonto.

FERNANDO. Mil gracias.

BARONESA. Me esplicaré.
Tú no has estudiado el fondo
de las mugeres nerviosas?

FERNANDO. Yo, no señora.

BARONESA. Supongo
que está casada una de ellas,
y su marido es un mozo
al principio muy amable,
muy dulce y muy cariñoso;
pero que luego se acuerda
de que es marido, sinónimo

de verdugo...

FERNANDO. Tia!..

BARONESA. Exacto.
Y grosero y sin decoro
trata á su pobre mujer
como si fuera entre moros.
Qué le pasa á la infeliz?
La dá un ataque nervioso;
y al repetirse la escena
despues de un ataque y de otro,
herida en lo más sensible
cambia su cariño en ódio,
y entonces...

FERNANDO. (Acercando su silla á la de la Baronesa.)
Entonces...

BARONESA. Hijo!..
si el marido no es un topo,
ó no cambia de conducta
viendo la oreja del lobo...

FERNANDO. Prosiga usted... (Acercándose más.)

BARONESA. Su mujer...

FERNANDO. Vamos. (Idem.)

BARONESA. Retírate un poco...

FERNANDO. Su mujer...

BARONESA. Aunque á disgusto,
busca un amparo en el prójimo...
nada más... que porque quiere
dar á sus nervios reposo.

FERNANDO. (Cielos!) Por Dios, Baronesa.

BARONESA. (Me mira con unos ojos...
Ah! ya caigo!.. Si lo dije!..
Me ama! Fijos son los toros!)

FERNANDO. Acabemos. La vergüenza
siento que me sube al rostro!

BARONESA. (Es natural.) Y por qué?

FERNANDO. Por qué? (Volviendo rápidamente la cabeza hácia el cuarto de Luisa.) Porque yo la adoro;
sépalo usted, Baronesa,
y á su cariño me acojo
á fin de que usted me saque
de esta incertidumbre...

BARONESA. (Levantándose indignada.) Mónstruo!
Calla! A tu tia te atreves
á decir tal cosa?

FERNANDO. Cómo!

BARONESA. Estos son los hombres!....

FERNANDO. Pero

BARONESA. Aparta.—No te perdono (Retirándose.)

FERNANDO. Escuche usted.....

BARONESA. Nunca! Luisa
sabrá quién eres muy pronto!
Y en cuanto á mí, libertino,
oye un consejo amistoso.
Ahoga esa pasion que puede,
Fernando, llevarte al hoyo!....

FERNANDO. Qué dice usted?

BARONESA. La verdad.
Mal sobrino!.. mal esposo!..
(Dios mio! qué tengo yo
para que me quieran todos!) (Váse puerta izquierda.)

ESCENA IV.

FERNANDO.

Ó esta muger está loca,
ó yo soy quien está loco!
Qué atajo de disparates!
Qué gritos! qué desentono!
qué incoherencia de ideas,

¡y qué charlar por los codos!
Pedir juicio á esta señora
es pedir peras al olmo.
Sin embargo, atemos cabos,
reflexionemos un poco.
Algo ha querido decir
al decir con cierto tono:
«Ahoga esa pasion que puede,
Fernando, llevarte al hoyo.»
y aquello de «Aunque á disgusto,
busca un amparo en el prójimo.»
Dios mio!... Será verdad!
Luisa, mi bien, mi tesoro!
Ricardo, mi amigo, mi...
Será posible?... Me ahogo!
De esta incertidumbre fiera,
Dios mio, sácame pronto! (Se sienta.)

ESCENA V.

FERNANDO, CRIADO. (Por el foro.)

CRIADO. Ya estoy aqui.
FERNANDO. Qué sucede?
CRIADO. Nada, señor; es que vengo.....
FERNANDO. Cómo! Ahora vienes?
CRIADO. Si tal.
FERNANDO. Tienes vergüenza?..
CRIADO. No entiendo.....
FERNANDO. Que no lo entiendes, bribon?....
¿Has echado tanto tiempo
para andar trescientos pasos?
CRIADO. Señor, qué está usté diciendo?
FERNANDO. No has ido á llevar un lio
á la calle de los Negros,

en casa de la modista?

CRIADO. No señor: mucho más lejos.

FERNANDO. (Levantándose.) Esplícate.—Dónde has ido?

CRIADO. Señor, hasta Recoletos.

FERNANDO. A Recoletos!.. y á qué?

CRIADO. (Por qué se pondrá tan serio?)
He ido á llevar una carta
de la señorita.....

FERNANDO. (Cielos!)

CRIADO. A casa de la Marquesa
de Altuna.

FERNANDO. De Altuna!..

CRIADO. Cierto!..
A casa del señorito
don Ricardo.

FERNANDO. (Qué más quiero!)
Es verdad. No me acordaba!
Vete ya.

CRIADO. (Va echando un génio!..) (Váse.)

ESCENA VI.

FERNANDO.

Ya no hay duda, corazon.
Ya tu deshonor es cierto.
Por qué á una mujer amaste
con cariño tan intenso
y la entregastes el nombre
sagrado de tus abuelos,
si en lugar de enaltecerle
le iba á arrojar por el viento
impelida del halago
de un amigo tan perverso!....
El amor y la amistad

son mentira, nombres huecos!
Qué realidad tan horrible!
Y ya no hay duda.—Por eso
al llegar yo esta mañana,
no esperándome tan presto,
la sorprendí varias veces
con aquel desasosiego...
Por eso tambien guardó
aquella carta en el pecho,
á la cual ha contestado
impudente y sin consejo,
por eso al ver á Ricardo
aquella emocion, por eso
estaba aquel abanico
en su poder!.. Dios eterno!..
Recuerda que eres Fernando
militar y caballero.

ESCENA VII.

FERNANDO y RICARDO.

RICARDO. Hola, Fernando!
FERNANDO. Ricardo!
Bien venido.—(Aquí está ya.)
RICARDO. Me están esperando?..
FERNANDO. Bah!
Hace tiempo... que te aguardo.
RICARDO. Eso me hace comprender
que tú vienes.
FERNANDO. No, me quedo.
RICARDO. Y por qué?
FERNANDO. Porque no puedo.
Tengo esta noche que hacer.
RICARDO. Mucho lo siento á fé mia.

Pasarias un buen rato.
Mas tus quehaceres acato.
Y Luisita?...

FERNANDO. Con su tia.

RICARDO. No digas más.—Entendido.
Estará en su tocador
eligiendo alguna flor
con que adornar su prendido.
Pero ni esta flor ni aquella
ha menester tu Luisita;
que flores no necesita
la que está siempre tan bella.

FERNANDO. Mil gracias.—Me hace gozar
oirte que asi la alabes;
pero... la adulas.

RICARDO. Ya sabes
que no me gusta adular.
Lo digo como lo siento;
y añadiré con lisura
que es mayor que su hermosura
su virtud y su talento.

FERNANDO. (Su cinismo escandaliza.)
Veo, con mucho placer,
que ignoras, que en la muger
la virtud es quebradiza;
y que aunque tiene talento
la muger, y esto es sabido,
no tanto que su marido
no lea en su pensamiento.

RICARDO. Ó tú no me hablas formal,
ó refieres, sin razon
tu doctrina, á la escepcion;
no á la regla general.
Me causa gran desconsuelo
oir á más no poder,

que no hay buena una mujer
bajo la capa del cielo.
Cuando ese mundo consiente
que se diga á boca llena
que no hay una mujer buena,
el mundo, callando, miente.
Y es que el mundo en su descuido
con torpe filosofía,
para juzgarla, se fía
tan solamente del ruido.
Es que ciego sin segundo
no vé más que á las mujeres,
que alborotan con placeres,
y escandalizan el mundo:
y en estas los ojos fijos,
no vé á la madre y la esposa
que en su casa, silenciosa
guarda el sueño de sus hijos.
Y como el ruido le ofusca,
saca un triste corolario,
enteramente contrario
de las verdades que busca!

FERNANDO. (Ah! Me quiere deslumbrar!)
Bravo discurso! Famoso!
Para dicho es muy hermoso!
Mas no se puede aceptar.
Mi opinion es más juiciosa
y práctica que la tuya.

RICARDO. Permíteme que te arguya...

FERNANDO. Basta ya.

RICARDO. Bien.—A otra cosa.
Tú habrás dicho para tí:
Ricardo, mi buen amigo,
se ha portado mal conmigo.

FERNANDO. Cómo? No entiendo...

RICARDO. Pues sí.
No te quiero recordar,
pues de sabido se pasa,
que al amigo que se casa,
es de rigor regalar.
Y soy tan inconsecuente
y amigo tan descastado,
que há tres meses te has casado
y aun no te he hecho mi presente.
FERNANDO. No acepto de buen humor,
por más que sean hermosos,
esos regalos... forzosos,
que tú llamas de rigor.
RICARDO. Pero si el regalo es don
de un amigo tan sincero,
que os quiere, como yo os quiero
con todo mi corazon,
tanto á Luisa como á tí,
entonces, Fernando amado,
le aceptarás de buen grado.
No es verdad, Fernando? (Sacando un pliego.)
FERNANDO. Sí.
Entonces... cosa más rara!
Le diré al amigo, dame, (Arrebatándosele.)
para poder al infame
arrojársele á la cara (Se lo arroja.)
RICARDO. Fernando! Esa accion villana...
FERNANDO. Se dirime con el plomo
ó el acero.
RICARDO. Cuándo y cómo!
FERNANDO. Sin esperar á mañana.
RICARDO. Es verdad; que en su furor
para aquel que no es cobarde
nunca es temprano ni tarde,
si quiere vengar su honor.

FERNANDO. Dice usted bien, caballero.
Sed de sangre me devora,
y dentro de un cuarto de hora
soy de usted.
RICARDO. Abajo espero. (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

FERNANDO y LUISA.

FERNANDO. (Despues de una pausa y mirando hácia el cuarto de Luisa.)
Todo acabó! No hay remedio!
Es antes honra que vida!
(Va hácia la derecha y se detiene al ver á Luisa que sale por la izquierda.)
LUISA. Fernando!... Fernando mio!
FERNANDO. Qué quieres? (Desde la puerta.)
LUISA. (Ya no me mira!)
Fernando, tengo que hablarte!
FERNANDO. Despues. Ahora tengo prisa...
Y tú creo que tambien
la tienes. No estás vestida
y la marquesa te espera
para su baile.
LUISA. No digas
eso, Fernando. No está
el ánimo de tu Luisa
para divertirse, no.
FERNANDO. Y por qué? No seas niña.
Por qué no ir al baile? Allí
se cierne el placer, la dicha,
y ya ves que nuestra casa
solo tristeza respira.
Además, no quiero ser
de esos maridos que pinta

la Baronesa, traidores,
desalmados y egoistas,
que solo por ser maridos
á su mujer esclavizan.
Dios me libre!

LUISA. Tus palabras
dichas con tal ironía
me hacen mucho daño, mucho:
Fernando, me martirizan:
y aunque avergonzada, quiero
quedar, al ménos, tranquila,
diciéndote la verdad,
y abriéndote el alma mia.

FERNANDO. Habla! (Acercándose.)

LUISA. Perdona, Fernando.
Te he engañado. (Inclinándose.)

FERNANDO. No prosigas!...
Nunca pronuncie tu labio
esa confesion indigna
que va á imprimir en el nombre
de tu esposo, tal mancilla!
Yo quedaré sin honor...
pero mi rival... sin vida!

LUISA. (Rápidamente y como asombrada.)
Tu honor!... tu rival!... Fernando!
Esas palabras me indican
que por tu mente ha cruzado
la sospecha más inícua!...
Tu honor! Tu rival! Yo sé
lo que me debo á mí misma,
porque nací tan honrada,
como estoy ahora ofendida.
En vez de implorar perdon
alzo ya mi frente altiva!
Pues la mujer que en su seno,

guardar sabe tersa y limpia
la honra de su marido,
ni se postra, ni se humilla.

FERNANDO. Luisa!

LUISA. (Con sentimiento.)Me has hecho en el alma,
Fernando mio, una herida!..
(Con dulzura.) --Mas las ofensas del hombre
que es nuestro esposo, se olvidan,
y quiero olvidar las tuyas:
olvidarás tú las mias?

FERNANDO. Vamos.—Habla!.. Pronto!..

LUISA. (Procurando tranquilizarse.) Anoche...
por complacer á mi tia...
fuí al teatro...

FERNANDO. Qué dices?..

LUISA. Deja por Dios que prosiga.
Llegas hoy y me refieres
que pensando en que estaria
triste tu mujer, no vas
tú al teatro: mis megillas
se encienden por el rubor;
ves los gemelos encima
de la mesa; me preguntas,
y azorada, sorprendida,
no queriendo que pensáras
que te ama menos tu Luisa,
pronuncio un no, que es la causa
de todas nuestras desdichas!...
Un no... que á seguir mintiendo,
Fernando mio, me obliga!..

FERNANDO. Pues...

LUISA. La mamá de Ricardo
en el teatro, me invita
para esta noche, rehuso,
y es causa de que me escriba

aquella carta que viste
que guardé en el pecho.—Mira. (Dándosela.)
La contesto con Francisco,
Ricardo entra de visita,
creo que va á descubrir
lo del teatro, aturdida
el vaso cae de mis manos
porque se ofusca mi vista.
Aparece el abanico
que quedó sobre la silla
del palco, y yo desfallezco,
temerosa de tus iras!

FERNANDO. Cielos!!!

LUISA. Desde esta mañana
tú no sabes las fatigas,
las violencias y las luchas
que en mi pobre alma se agitan!
En tu presencia temblaba
ruborizada, intranquila,
temiendo que descubrieras
que mi lábio te mentia.
De tu amor y tu cariño
no contemplándome digna,
vergüenza y rubor á un tiempo
me causaban tus caricias!..
—Por un momento he pensado
volverme loca!—Imagina
todo lo que habré sufrido,
todo, por una mentira!..
mentira de la que estoy,
mi Fernando, arrepentida!

FERNANDO. Gracias, Dios mio!!

LUISA. (En tono suplicante.) Fernando,
me perdonas?—Habla!

FERNANDO. Luisa!

Yo te perdono tu falta!...
Pero es más grande la mia,
y yo soy de entre los dos
quien debe hincar la rodilla!..

LUISA. Tú?

FERNANDO. Yo solo, que olvidé
la muger que poseia:
yo que fiado no más
en apariencias ficticias,
y creyendo tener mundo,
que quiere decir, malicia,
arrojé sobre tu frente
la sospecha más indigna!...
Yo, que pensé no volver
á verte!....

LUISA. No me lo digas.....
pues me horroriza la idea
de los males, de las ruinas
que ha podido entre nosotros
ocasionar la mentira!
Verdad, verdad sacrosanta,
tú que de Dios eres hija,
un templo tienes aquí!.. (Señalando al corazon.)
Bendita seas, bendita!!

FERNANDO. (Despues de una pausa.) Y he podido en mi locura,
dudar con alma mezquina,
de esta muger!.. de Ricardo!....
Ah!.... (Recordando que Ricardo le espera.)

LUISA. Que tienes? Qué decías?

FERNANDO. No tengo nada.

LUISA. Me engañas.
Una idea repentina
ha cruzado por tu mente.
Te has turbado!.. Qué meditas?
Dime en qué piensas, Fernando,

si no quieres que me aflija.

FERNANDO. (Procurando disimular.)
Pienso en tí, que eres tan buena,
tan modesta, tan sencilla,
y en que al contemplarte honrada
no me importa ser la víctima.

LUISA. Cómo?—qué dices? No entiendo
esas palabras ambiguas.....
Qué sucede?

FERNANDO. Nada, nada.
Es que..... el placer..... la alegria
embargan mi corazon.....
y mi cerebro delira.
Tranquilízate, y adios.

LUISA. Vas á salir?

FERNANDO. Me precisa
cierto negocio.

LUISA. Ahora?

FERNANDO. Sí.

LUISA. Fernando, esa calma fria
me hace temblar sin querer,
y no sé lo que me indica.

FERNANDO. Si no es nada.

LUISA. A dónde vas?
Contéstame.—Desconfías
de tu mujer?

FERNANDO. No por cierto;
mas.....

LUISA. No esperes te permita
salir, como yo no sepa
lo que intentas.

FERNANDO. Basta, Luisa:
despues lo sabrás.

LUISA. Ahora.
Y mientras no me lo digas,

el cielo me dará fuerzas
para estorbar tu salida.

FERNANDO. Pero.....

LUISA. (A la puerta.) No sales.

FERNANDO. Pues bien;
oye, pues á hablar me obligas.
Ciego, abandonado, loco,
celoso de la honra mia,
sobre el rostro de un amigo
puse mi mano atrevida!

LUISA. Un amigo?.. Quién?..

FERNANDO. Ricardo
me espera.

LUISA. Vírgen María!
para batiros!.. no es cierto?
Yo soy quien te precipita!..
Fernando! Fernando!!

FERNANDO. Calla!

LUISA. Gran Dios!.. cómo me castigas!..
Pero tú no irás?..

FERNANDO. Qué dices?

LUISA. Que si el duelo se realiza
ofendes á Dios, Fernando!..
y si quieres que yo viva
no te batas.

FERNANDO. Imposible!

LUISA. Tu mujer te lo suplica!

FERNANDO. Quieres que tu esposo añada
al baldon la cobardía?
Nunca!

LUISA. Por Dios!

FERNANDO. Quiero darle
satisfaccion bien cumplida,
no derramando su sangre
y haciendo verter la mia!

LUISA. La tuya! Jamás!—No sales.
FERNANDO. Oh! no esperes que desista.
LUISA. Cómo no? De entre mis brazos
quién podrá arrancarte? (Gritando.) Tia!
FERNANDO. Silencio!
LUISA. Venga usted pronto!
BARONESA. (Saliendo.) Cómo!.. Fernando!.. Sobrina!..
Qué pasa?
LUISA. Que va á batirse. (Sin soltar á Fernando.)
con Ricardo! Que peligra
su existencia!
BARONESA. Ay Dios! Fernando,
es cierto?
FERNANDO. Aparte usted! Quita!
(Al desasirse de ellas é ir á salir, aparece Ricardo en la puerta del foro.)

ESCENA XI.

LUISA, BARONESA, FERNANDO y RICARDO.

LUISA. Cielos! Ricardo!
RICARDO. Señora...
LUISA. Ah! Dios mio!
BARONESA. Estoy temblando!
LUISA. Qué va á suceder?
RICARDO. Fernando...
ha pasado el cuarto de hora!
FERNANDO. Es verdad! Vamos.
LUISA. No irás! (Interponiéndose.)
porque á Dios ofende el duelo,
y ofender al Dios del cielo
no debe el hombre jamás!
RICARDO. Señora...
LUISA. Por esta vez (A Ricardo.)

que me escuche usted le ruego...
Usted contestará luego
como parte y como juez.
Yo quiero en esta ocasion (A Fernando.)
al decir lo que le digo
que me sirva de castigo,
Fernando, mi confesion.
Una mentira, aunque leve, (A Ricardo.)
hoy de mi labio ha salido,
y bien pronto he conocido
que mentir nunca se debe.
Pues cuando el labio traidor
lanza una mentira fuera,
por sostener la primera
otra pronuncia mayor.
Tal ha sido el labio mio,
que indiscreto y mentiroso
llevó al alma de mi esposo
dudas, celos y desvío!
Y como los celos son
pasion que enloquece y hiere,
al amigo que más quiere
loco ofendió sin razon!
Mas pues yo la causa he sido
de su arrebato cruel,
no le ha ofendido á usted él,
que yo soy quien le ha ofendido.
Y si perdoné á mi esposo,
y él tambien me ha perdonado,
el amigo... más amado,
será menos generoso?

RICARDO. (Despues de una pausa.)
Tierno lazo nos unió
en el mundo por fortuna:
casi en una misma cuno

nos mecimos él y yo.
Y aquella amistad de niño
fué creciendo con la edad,
y llegó nuestra amistad
á ser fraternal cariño!
Hasta hoy... que ofendiendo al cielo,
uno y otro arrebatado,
entre los dos se ha elevado
la negra sombra de un duelo.
Mas cuando abajo esperaba,
lleno el corazon de enojos...
sin yo querer... de mis ojos
una lágrima brotaba.
Y no era la cobardia
quien la impulsaba á correr!..
era... porque iba á perder
el amigo que tenia!
Era que causando daños.....
sangre amiga iba á verterse!..
Era en fin... que iba á romperse
una amistad de treinta años!!!
—Mas fué lagrima tan bella,
que al sentirla en mi megilla,
borró toda la mancilla
que imprimió Fernando en ella!!!
Y al punto, sin vacilar,
lleno de tierna emocion,
yo vengo á pedir perdon,
porque vengo á perdonar!
Y pues de diversos modos
los dos hemos delinquido,
y usted dice que ha mentido,
que Dios nos perdone á todos!!!
Y que á todos á la vez
nos sirva de expiacion!....

—Esta es mi contestacion
como parte y como juez!

LUISA. Gracias, Ricardo!

FERNANDO. Estoy loco
de placer!.. Tú eres mi hermano!
Dáme, Ricardo, tu mano!

RICARDO. Los brazos, la mano es poco!

BARONESA. (A Luisa.) (Muchachos de este calibre
muy pocos he conocido!
No debe hacer mal marido.
Pero, Jesus!.. Dios me libre!
De pensarlo tiemblo toda!)
Pero qué es aquello?... Un pliego...
(Indicando el que arrojó Fernando á Ricardo.)

FERNANDO. (Levantándole presuroso.)
Que yo he despreciado ciego...

RICARDO. Es mi regalo de boda.

FERNANDO. (Abriéndole.)
Qué miro!... Se me confiere
la cruz que anhelaba!

RICARDO. Sí.

FERNANDO. Y á tí te la debo, á tí!

RICARDO. A tu hermano que te quiere.

FERNANDO. Ah!... Me estás avergonzando!
Mas sobre esta cruz te juro
que ha de ser eterno y puro
nuestro cariño!

RICARDO. Fernando!

FERNANDO. Y pues que es cruz que enaltece
al que en el pecho la lleva,
yo daré cumplida prueba
de que el mio la merece.
Y tú que eres el espejo (A Luisa.)
de mi gloria y de mi vida,
mis torpes celos olvida,

y escucha, Luisa, un consejo.
Si en el matrimonio aspira
tu alma á la tranquilidad,
ama siempre la verdad,
y aborrece la mentira!
Que las mentiras, ya sabes
los disgustos que acarrean;
pues por sencillas que sean
siempre son MENTIRAS GRAVES.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 4 de Marzo de 1863.—*El Censor de Teatros*, ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (T.)

Clínica tocológica, hechos des ditocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCIA GONZALEZ. (M.)

Despues del baile, comedia en un acto. 4

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres. actos. 8

LIERN (RAFAEL M.)

Truquiflor de maridos, comedia en un acto 4
Un animal raro, comedia en un acto. 4

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y ALONSO (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (C.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras, Folleto en 12.º 4

PEDROSA (P. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto 4

PASTORFIDO (M)
Y
MARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A Caza de divorcios, comedia en id. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (M.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLERO (R.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4
No mateis al alcalde, juguete cómico en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.